

Luis Navarro García.

Reseña al libro de Jesús Ruiz de Gordejuela Urquijo:  
*Barradas: el último conquistador español. La  
invasión a México de 1829*

**JESÚS RUIZ DE GORDEJUELA URQUIJO: *Barradas: El último conquistador español. La invasión a México de 1829.* México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, 2011. 341 pp., mapas, ilustraciones, bibliografía.**

**Luis Navarro García**

La extensa y sólida obra del Dr. Jaime Delgado (*España y México en el siglo XIX*, 3 vols., Madrid 1950-1953), que abría una ancha entrada al estudio de las relaciones entre ambas naciones, no tuvo, sin embargo, muchos continuadores. Medio siglo largo después, el Dr. Ruiz de Gordejuela entró en esa senda para analizar, no solo determinados aspectos del proceso de Independencia de México, como la presencia de importantes actores vascos en él, sino algunos de los sucesos posteriores tales como *La expulsión de los españoles de México y su destino incierto (1821-1836)* (Madrid 2006) o la empresa de Barradas a la que dedicó este reciente estudio. Estudio basado fundamentalmente en documentación inédita del Archivo General de Indias, más la existente en el Archivo Nacional de Cuba dada a conocer por José Luciano Franco, completadas con referencias del Archivo de Simancas, del Histórico Nacional, del Militar de Segovia, del General Militar de Madrid (IHCM) y de varios archivos mexicanos: de las Secretarías de Relaciones Exteriores y de la Defensa Nacional, así como del INAH, a pesar de lo cual se echa en falta a veces una mayor atención a los preparativos de la defensa mexicana. De la copiosa documentación hasta ahora inédita aquí manejada merece la pena resaltar la correspondiente al juicio que se le siguió en La Habana al brigadier Barradas, junto con el cuaderno de campo del subteniente Campos, así como el mapa de este último en el que con gran precisión se hace el seguimiento de la campaña. La obra se estructura en una introducción y cinco capítulos, más un anexo documental, con glosario e informaciones relativas a la artillería de la época.

La pequeña y breve expedición de Barradas partió de La Habana el 5 de julio de 1829 y concluyó con su capitulación en Tampico el 11 de septiembre del mismo año. La introducción permite a Ruiz de Gordejuela avisar de las deficiencias de la escasa bibliografía hasta ahora existente sobre tal empresa, y en particular de las tergiversaciones del aventurero Aviraneta, de las que ya advirtió el Prof. Delgado. Aquí también avanza que

Luis Navarro García.

Reseña al libro de Jesús Ruiz de Gordejuela Urquijo:  
*Barradas: el último conquistador español. La  
invasión a México de 1829*

el fracaso de la expedición, sobre cuyos motivos han discrepado autores españoles y mexicanos, se debió realmente a su pésima organización.

El capítulo primero arranca con una síntesis de los sucesos ocurridos en México desde 1808 hasta las elecciones de 1828 y los desórdenes subsiguientes hasta la instalación de Vicente Guerrero en la presidencia en enero de 1829. Por entonces venía examinando el gobierno español media docena de proyectos de reconquista de México, varios de ellos impulsados por españoles expulsos de este país, y el rey había decidido poner tal proyecto en manos del brigadier canario Isidro Barradas, que había combatido en Venezuela y Nueva Granada y había ejercido por corto tiempo el gobierno de Santiago de Cuba, hallándose al frente de la capitanía general de la isla Francisco Dionisio Vives. El principal colaborador de Barradas debería ser el también brigadier de la armada Ángel Laborde, a la sazón comandante del apostadero de La Habana y de la flota allí estacionada que contaba con doce buques. Queda en estas páginas de manifiesto el carácter de Barradas, hombre dado a acusaciones y polémicas, y merece le pena retener el informe presentado en el mismo 1829 por el militar Joaquín Miranda y Madariaga que en aquellos momentos –contando en el país con un partido favorable a la reconquista que el autor denomina “quinta columna” entre comillas para evitar el anacronismo-- consideraba factible la conquista de México por un ejército de 12.000 hombres, aunque deberían ser prontamente apoyados por otros tantos. En total se necesitarían de 25 a 30.000 hombres y el presupuesto rondaría los 5 millones de pesos fuertes. Este informe es importante en particular porque el mismo Miranda sería nombrado en 1831 fiscal del tribunal que enjuició a Barradas después de su fracaso.

El capítulo segundo se dedica a la preparación de la campaña que habría de realizar una brigada compuesta de todas armas, con tres mil hombres de infantería, un cuadro de caballería y una compañía de artillería, más algunos oficiales sueltos, a todos los cuales prometía el rey importantes premios según su conducta. La partida de la expedición fue precedida por una proclama del capitán general Vives, pronto criticada por el cónsul español en Nueva Orleans, anunciando a los mexicanos la llegada de un ejército español que pondría fin a los ocho años de anarquía que venían padeciendo, al tiempo que ofrecía olvido de todo lo ocurrido y la conservación de los empleos y cargos. No pareciendo factible la ocupación de Veracruz, se acordó que el desembarco podría

Luis Navarro García.

Reseña al libro de Jesús Ruiz de Gordejuela Urquijo:  
*Barradas: el último conquistador español. La  
invasión a México de 1829*

hacerse en Isla de Lobos o Tamiahua, Tampico, o Soto la Marina (donde, se recuerda, habían desembarcado Francisco Javier Mina y el exemperador Iturbide). En cuarenta días se hicieron todos los preparativos y el 5 de julio se hacía a la mar la expedición de once embarcaciones conduciendo una fuerza de 3.376 hombres, la llamada brigada de la Corona. Sorprende al lector la información relativa a las enfermedades sufridas por esta tropa, que no llegaría a aclimatarse, en La Habana y la indicación de que al menos el contingente reclutado en Canarias, contra la que se había dispuesto, carecía de formación militar.

El capítulo tercero, que trata del desarrollo de la expedición, constituye la parte central de la obra. El desembarco se efectuó con gran dificultad cerca de Punta Jerez el 28 de julio. A partir de este momento, todos los incidentes ocurridos pueden seguirse en detalle gracias a los partes regulares remitidos por los jefes, a la información obtenida de la causa sumaria que se abrió a Barradas en La Habana en 1831, y al “Diario reservado” de la expedición redactado por el ayudante de campo Joaquín Rodríguez Campos. En aquella playa despoblada se organizó la brigada, a la que Barradas cambió entonces el nombre para llamarla División de Vanguardia del Ejército Real. Después el 29 comenzó la penosísima marcha hacia el norte, siguiendo la costa, en columna cerrada, cargando la tropa, a falta de acémilas, con pesada impedimenta, soportando fuerte calor, que causó algunas bajas. Desde el segundo día se avistaron destacamentos de vigilancia mexicanos que se mantuvieron a distancia, y luego se produjo el primer choque (acción de Los Corchos) en el que a costa de algunas bajas los de Barradas consiguieron veinte reses, que sirvieron para el rancho cuando la tropa llevaba veinticuatro horas sin comer. Sucesivamente entraron en el pueblo de Tampico el Alto, y en Pueblo Viejo, que encontraron casi despoblados. Las autoridades mexicanas habían ordenado la evacuación previa, aplicando además la táctica de “tierra quemada”. El 4 ocuparon el fortín abandonado de La Barra y establecieron contacto con los buques de Laborde, lográndose la ocupación de Tampico el día 7. Allí permanecieron hasta que el 16 se emprendió la marcha en dirección a Altamira, donde entraron el 18, en seguimiento del general mexicano Felipe de la Garza, que rehuía el encuentro. Pero el 20 se supo la llegada a Tampico de una división mexicana al mando del general Santa Anna, cuyo ataque resistió el día 21 el coronel Salomón, que entró en negociaciones con Santa Anna para dar tiempo al re-

Luis Navarro García.

Reseña al libro de Jesús Ruiz de Gordejuela Urquijo:  
*Barradas: el último conquistador español. La  
invasión a México de 1829*

greso de Barradas, a quien después se reprocharía no haber capturado al jefe mexicano, viejo soldado realista cuyo comportamiento en estos días llega a hacer dudar de su lealtad. El 23, consecuencia de la falta de aclimatación de la tropa –torpeza inexplicable en una tan antigua potencia colonial como España-- se declaró la epidemia de fiebre amarilla en el campo de Barradas, que el día 28 tenía setecientos hombres en los hospitales, de modo que, aunque se ocupó de fortificar en lo posible el pueblo y la barra del río Pánuco, no podía hacer otra cosa que esperar los refuerzos que debía remitirle Vives, pero que no llegaron. A principios de septiembre empezaron a faltar pólvora y medicinas, y se anunciaba el agotamiento de los víveres. Sobrevino entonces, en la noche del 10 de septiembre, el asalto de Santa Anna al fortín de La Barra, cuya guarnición resistió heroicamente al precio de 9 oficiales y 134 soldados muertos. Al día siguiente capituló Barradas, que marchó a Nueva Orleans para procurar víveres para su división y transportes para su evacuación. Al término de esta, aquel pequeño ejército había sufrido 88 bajas en acción de guerra y 1.871 por enfermedad.

El capítulo cuarto, además de informar de las últimas disposiciones adoptadas en La Habana sobre la expedición, da cuenta de la actitud hostil a la misma adoptada por las autoridades norteamericanas e inglesas. El quinto describe la situación de Barradas, refugiado en Francia, esperando sin éxito su rehabilitación hasta su muerte en 1835. Los Anexos recogen varios interesantes partes de operaciones de los generales mexicanos Santa Anna y Mier y Terán, así como relaciones de los oficiales y soldados de la expedición.

La expedición de Barradas, a cuyo jefe ensalza el autor de esta monografía en el título dándole el apelativo de, “último conquistador español”, estuvo siempre condenada al fracaso, tanto por su increíble pequeñez numérica y su excesivamente apresurada preparación, como por la ausencia de la adhesión y colaboración que se esperaba recibir del interior de México, a lo que luego se añadirían las penalidades que aquel contingente hubo de padecer –caminando por arenales y terrenos pantanosos en la estación de más calor, sufriendo luego un terrible temporal, culminando todo con la epidemia de fiebre amarilla--, más la acertada defensa practicada por los mexicanos. En conjunto, un episodio romántico más, doloroso y sangriento, cuya perspectiva española, gracias a la investigación del Dr. Ruiz de Gordejuela, nos es dado ahora conocer mejor.